

tanto el gentío de rancherías comarcanas de las serranías, que aseguraron todos los españoles no haber visto entre indios mas número de gente junta; y se logró, primero, el bautismo de treinta y seis párvulos. Segundo, la noticia segura de estar poblado todo el riñon de la California: noticia nunca alcanzada en 170 años que se habian hecho entradas en este reino. Tercero, se logró la amistad de un cacique que llamaron Leopoldo, que convidó al padre para su ranchería, avisando que tenia aun mayores tierras para sembrar y poblar que no las de Biaundo; lo cual no se pudo ejecutar entonces y pudo, despues de algunos meses, ir dicho padre recibido con mucho gusto de esta ranchería, que queda al Sur de Biaundo, en donde reconocieron arroyo perenne y tierras buenas; y con esta nueva y adelantamiento en la fé y raices de ella, movió el demonio una turbacion de la cual pudo dimanar la pérdida de estas misiones. Entróse, pues, en el corazon de un indio de la Nueva-España y le movió á una grande atrocidad que fué matar alevosamente á un indio de esta nacion de los principales entre ellos y el mejor luchador de la tierra, emparentado con muchas rancherías, y como el agresor era de la otra banda era pastor y se le solia acercar al otro amigablemente en el campo, de repente descargó sobre él tres flechazos, convidando á un tiempo al otro indio pastor su compañero á hacer lo mismo, de lo cual se escusó por saber la inocencia del californio, que viéndose gravemente herido, procuró huir con la vida dejando rastro de sangre, de suerte que lo suponian todos por muerto. El agresor para solapar la maldad cortó la garganta á una oveja y la trajo al capitan diciéndole que ese daño habia hecho el californio, por lo cual lo habia corrido á flechazos, dando razon de quien era. Procuraron luego los padres saber la verdad del hecho para dar la vida espiritual al herido dado caso que viviese; juzgaban los mas que seria mentira del indio jactancioso de semejantes hechos de valentía. Al dia siguiente, habiéndose juntado todos para la doctrina cristiana, reparó el padre que

mostraban los indios en el semblante mucha tristeza; y sospechándose de ella algun lance pesado, acabada la doctrina fué llamando algunos de mas confianza, y despues de dos dias significaron la verdad del hecho, habiendo ido todos en busca del herido que no se hallaba, encontráronlo tres leguas de este pueblo medio muerto. Nos decian al principio que ya habia espirado y tambien enterrado; pero dudando nosotros de ello instábamos con ellos que no nos escondiesen la verdad diciéndoselo en la enseñanza de la doctrina cristiana; que habiamos venido para su salvacion, y aunque el herido hubiese muerto todas las ovejas le perdonábamos de corazon, y nos arrastraríamos á buscarle por esos montes para que se bautizase, y así que por amor de Dios no nos escondiesen la verdad de todo el caso. Entonces uno de ellos mancebo de prendas llamado Isidro me llamó aparte: dijome la inocencia del herido, el sentimiento de la nacion y como todavía le quedaba una poca de vida al herido. Entonces llamamos á un lado á sus parientes y en especial á un cuñado suyo llamado Francisco Jávier, mancebo mentado en otras ocasiones, descubridor de las tierras altas de California, mostramos el sentimiento que teniamos del caso, y que luego y pronto deseábamos ir con medicamentos y alimentos a ver y aliviar al enfermo. Consoláronse en ver nuestra compasion y todos á una confesaron la verdad, y así luego salió de este pueblo el padre Francisco María Picolo con otros compañeros españoles, amigos del herido y sus compadres, por tener unas criaturas ya cristianas, acompañados de todo el parentesco, fueron caminando por esos montes hasta llegar á una cueva cerca de un arroyo á donde, sobre un arenal, mas muerto que vivo encontraron al herido y con remedios cobrando alguna fuerza cobró los sentidos, pidió con ansias el bautismo y se llamó Hilario, por rezarse en ese dia del santo obispo trasladado. Consintió el enfermo en lo que todos le pedian de que se dejase cargar para la cura á este real: luego hicieron los compañe-

ros un tapeste y en él lo vinieron cargando entre españoles e indios.

“No es decible la conformidad con la voluntad de Dios que mostró el indio, la paz y sosiego con que se aplicaba á oír la palabra de Dios, así de los padres como de los españoles, repitiendo para con todos el acto de contrición, invocación de Dios y de su Madre Santísima.

“Duró algunos dias con la esperanza de sanar, en cuyo tiempo, averiguadas las causas del delito por confesion del delincuente, fué sentenciado á muerte por el capitán, y por grandes ruegos de los padres y algunos de los españoles, pidieron los indios caciques al padre y parientes del herido y al capitán, que si sobrevivía Hilario, le perdonase la vida conmutándole la pena; pero siendo las heridas muy penetrantes y solapadas, cuando menos lo pensábamos, invocando los nombres de Jesus y de María, murió Hilario con grandes señas de predestinado.

“Con la muerte de Hilario, comenzaron los indios californios, á tomar bastante adersion á nuestra gente de la otra banda, y de la adersion nacian muchos indios de alzamiento, y ocasiones adelantándose en los hurtos, así de bastimento como de algunas bestias.

“En este tiempo nos vino una de mayor desmayo, que fué la nueva pérdida de la fragata de San Fermin, que al salir con carga de la barra de Ahome, varó y se imposibilitó del todo; y aunque nadie peligró de los hombres ni de los animales, fué gravísimo el daño, desamparo para esta conversion. Por lo cual me ví obligado á pasar luego á la otra costa de Sinaloa, á procurar algun socorro pronto para resarcir en algo tan grande daño.

“Embarquéme en la lancha San Jávier que trajo en aviso, y vinieron en mi compañía, el capitán D. José y otros cinco californios, algunos de ellos parientes del difunto Hilario, procurándose de este modo con ausentarlos evitar la mayor facilidad para un alzamiento: y sirvió en mucho el llevarlos á la otra

banda, pues vieron los pueblos del rio de Hiaqui y del rio de Mayo, quedaron admirados de ver la mucha gente en ellos, y la obediencia de esas naciones á los padres, y todo respeto y aplicacion de los indios en sembrar maizes, frijoles y otras semillas.

“Los llevé al real de los Frailes, y quedaron muy edificados de la devocion de los españoles, que como hicimos en ese real de minas, unos dias de mision con sus sermones y doctrinas á mañana y tarde, acudia mucha gente española, y me ayudó incansablemente el padre Calvo. Hubo procesion de acto de contrición, confesion y comunión general de la mas gente de este real que asistió con toda frecuencia, haciendo todos mil fiestas á los seis californios, en tal grado, que en los pocos dias de la mision, ya uno de ellos, solo sabia ir á casa de cada cual de los mineros, mentándolos y conociéndolos por sus nombres, y saludándolos; lo cual causó mucha admiracion en todos los españoles al ver la prontitud y facilidad en los californios á toda imitacion del español. Fué tan grande el afecto de todos los vecinos de este real con esta conversion, que ofrecieron todos socorrer las necesidades de California con gente y dinero cuando se ofreciese, y quiso la pobladora de California María Santísima mostrarles el agradecimiento, y sucedió el caso de esta manera. Suélese en las misiones que se hacen de tarde en tarde, en ciudades y villas dejarse establecida alguna devocion perpétua, y habiendo consultado el padre misionero con el vicario D. Francisco de Carrizosa y otros principales vecinos que seria bueno establecer en la iglesia principal del real que tres dias de la semana se rezase públicamente el rosario, les pareció cosa buena el exhortar al pueblo á ello. Pareció al padre misionero que en último acto de contrición podia servir de motivo para el acto de contrición último semejante exhortacion para el rezo del rosario. Empezó, pues, á decir que queria rematar la mision con pedir una limosna á todo el real y fuese difundiendo con palabras generales sin individuar el

género de limosna. Juzgarian no pocos como el padre venia pobre y necesitado para su mision nueva, pediria limosna para ello, pero la limosna fué pedir á todo el real de minas el rezo público del rosario los tres dias de la semana, que seria medio para recibir al remedio de María Santísima para algunas calamidades que se padecian. Admitió con pleno consentimiento toda la iglesia llena de gente el tributar esta limosna y devocion pública del rosario, é inmediatamente á este buena propósito concluyeron con el último acto de contricion ya á boca de noche. Hallábase todo el real de minas en un gravísimo pleito con los oficiales reales ensayadores de plata, y de perder el pleito se podia arruinar el real de los Frailes.

“El pleito consistia en que por cuanto habia luz, que la plata de las minas de los frailes tenia oro mezclado; despues de hecho el ensayo de plata del oficial del real, en pasando dicha plata por la ciudad de Guadalajara se volviese otra vez á ensayar por la ley de oro que tuviese dicha plata, y de este segundo ensaye dimanaban grandes gastos, esperas y atrasos; y lo peor del caso era que como el pleito era con oficiales mayores, tenian poco esperanza de que saliesen en su favor. Pero la devocion de la Virgen Santísima, llamada con afecto de verdaderos cristianos y precedida una buena confesion, todo lo allana. Y así lo mismo fué salir la gente de la iglesia con el último acto de contricion, afervorizada del propósito de entablar la devocion pública del santo rosario, que entrar dentro del real á vista de todos el correo que venia de México que traia la resolucion del pleito toda en favor de la minería de los Frailes, quitando del todo el segundo reensaye. Acabada la mision en los Frailes, y acudiendo en breve á la mision del padre Br. D. Antonio Mendez, á donde acudieron para la semana santa muchos sacerdotes, seculares y concurso de muchos pueblos de indios, en que se hicieron todas las funciones de la semana santa con mucha devocion, y preguntando á todas cosas los californios de lo que veian y noticia de ello, que-

daron muy satisfechos del proceder con toda verdad y respeto á Dios y á la pasion de Jesucristo Nuestro Redentor en todos los cristianos, así españoles como indios. Así que los padres de la sierra de Chinipas y Guazapares, con todos los indios nuestros antiguos hijos taraumares supieron que yo habia saltado en tierra de Sinaloa con los californios, enviaron luego su embajada á convidarnos á que fuésemos á verlos en compañía del nuevo rebaño; y como vieron los californios el nuevo traje de los indios embajadores, nueva lengua y trato, mas quedaron admirados cuando les dije que pocos años antes eran gentiles como ellos, sin caballos, reses y ovejas, y en gran parte sin siembras. Trajeron los embajadores muchos regalitos para los californios que les remitia el padre Antonio Gomar y los mismos indios; y como se vieron respetados de otros indios tan distantes que les mostraban muchas señas de amor, no cabian en sí de contentos, haciendo mil preguntas. Y viendo el fruto que se podia sacar de ir á dicha sierra y ver algunos principales pueblos de ella y el recíproco consuelo de los padres é indios así taraumares como californios, pasé allá despues de la pascua, lo cual sabido antes de los pueblos de Chinipas y Guazapares, vinieron los caciques de ocho pueblos hasta Santa Inés de Chinipas, primer pueblo de la sierra, á donde reside el padre Guillermo Ming, y se juntaron de sus misiones los padres Antonio Gomar, Martin de Benavides y Francisco Jávier de Montoya. Alzaron arcos en mucha distancia y en sus caballos se adelantaron los caciques de todas partes á saludar á los californios; ofreciéndoles regalo de sus tierras y mostrándoles tanto gozo de verlos, que quedaban admirados; y de este modo les entraban en triunfo en los pueblos, y como vieron tanto respeto y amor á los padres, preguntaban si los padres y yo teniamos nuestras madres en esos pueblos, pues veian hacer estremos de alegria hasta á las mas viejas; pero explicándoles los motivos de dicha fiesta, sacaban de allí motivos para predicar en su tierra las grandezas de la ley cristiana. De este modo

camina-ron por los principales pueblos de la sierra, á donde en todas partes se juntaba mucho número de gentes, y antes de salir de los pueblos se les ofrecian prontos á defenderlos en las tierras de California contra cualquiera intencion de sus enemigos y de los que fueren enemigos de nuestra santa fé, y los regalaron de manojos de flechas para que con ellas, llegados á sus tierras, atestigüen la verdad de la alianza. Con tan buena enseñanza de los nuevos cristianos guazapares, chinipas y tarau-
mares volvieron los californios peregrinos á la uar de Hiaqui, á donde con varias limosnas de nuestros padres y de los seculares del real de los Frailes se estaba carenando la embarcion San Jávier con maestros galafates y todos instrumentos; y es de advertir que en tiempo del armadilla de California con tantos del real tesoro no se pudo conseguir la carena en cer-
canía de California, sino que bajaban á carenar ciento setenta leguas al Sur de Matanchel, imposibilitándose de este modo los viajes continuados de las embarcaciones; pero todo esto pudo la devocion de los fieles á María Santísima y mucho mas, pues mientras escribo esta relacion se está carenando un barco aquí mismo dentro de la California. Nos embarcamos en 19 de Junio, y se embarcó y llenó la lancha grande de San Jávier de bastimentos, harina, maiz, carneros y salada, bastimentos que dieron de limosna nuestros padres de Sonora y Hiaqui, que-
riendo entrar en nuestra parte el capitan Agustin de Encinas, que envió cuarenta leguas lejos de la mar doce cargas de carne salada escojida entre muchos millares de reses de su hacienda. Y tenia este buen Caballero tanta devocion al santuario de Loreto de California, que todo lo que remitia habia de ser siempre lo mejor de su hacienda; y lo premió la Virgen asistiéndole en todo con las mejores de sus gracias en el peor tiempo, que es el de la muerte, que sucedió pocos meses despues con grandes señas de su salvacion asistido de muchos padres sacerdotes que tuvo á su cabecera, y esto casualmente al parecer de los hom-
bres, pero muy de pensado en el amor de aquella grande Señora

ra que cuida de sus ciervos, y esto fué en circunstancias que una persona muy grave en otra hacienda cercana, suspirando por un sacerdote que le diese los sacramentos no lo alcanzó. Salió, pues, nuestra lancha fuera del estero á la mar afuera antes de cargarse, pues al salir cargada por el canal bajo podia peligrar de encallar en el bajío y dado fondo lejos del cargadero en mar alta, se le iba llevando en varios viajes de canoadas la carga. En el ínterin se iba alborotando la mar, y en la última canoada se embarcaron los californios con la cama y otros trastes y alhajas del padre, que como entrando la canoa en la fuerza de las olas se iban mojando las alhajas del padre que estaba ya á bordo, arrojáronse en la mar dos californios en grande distancia, nadando y defendiendo siempre con sus cuerpos que no se mojasen las alhajas; caso que dejó admirados á los marineros, pues ninguno de ellos hubiera hecho otro tanto, así por la distancia como por la inquietud de la mar. En dos dias de navegacion llegamos felizmente á Loreto Concho de Californias en 21 de Junio de 1790 con grande gozo de los naturales, así de los que volvian como de los que recibian la vuelta, viendo la fidelidad de volverles sus parientes; y se ganó tanto por esta fidelidad quanto se habia perdido en otras entradas en que sacaron algunos californios y no volvieron, y la no vuelta fué causa de la ruina de la tierra así en la nacion baicura como en estas de monquies y cuchimies. Regalaron luego á los suyos de las flechas y muchas plumas de pájaros forasteros, contando con grande aprecio el buen recibimiento de todos en la otra banda así padres como españoles y toda nacion de indios el mucho gentio de gente cristiana, y como vivian los padres solos sin presidio y acompañamiento de soldados, ayudados solo de los indios y respetados y servidos. Todas estas cosas sabidas sirvieron de grande sermon á estas gentes y se experimentan grandes bienes. En el ínterin de esta ausencia se experimentaron aquí tiempos prósperos y tiempos contrarios. Desde los altos de San Francisco Jávier de

Biaundo fué llamado el padre Francisco María Picolo de los caciques de rancherías cercanas para que viese sus puestos y tierras buenas, y entró el padre á verlos, juntándose mucho gentío á ver al padre y mostrándole las tierras en que ellos tambien en sus altos de sierras templadas sembrarían á su tiempo maices y otras semillas. Y al presente ademas de presentar al padre de sus semillas y frutos de la tierra, le presentaron el fruto mas deseable que fueron cuarenta parvulitos que le dieron á bautizar, asistiendo los adultos á la doctrina cristiana. Templóse esta alegría con la primera entrada al tiempo de la pitahaya, que en este año de 700 fué muy temprana y empezó por Mayo. Es de saber que los tres meses de la pitahaya son como en algunas tierras de Europa los tiempos de carnestolenadas, en que en buena parte salen de sí los hombres; así estos naturales salen de sí, entregándose del todo á sus fiestas, bailes, convites de rancherías distantes y sus géneros de comidas y bufonadas que hacen, en que suelen pasarse las noches enteras con risadas y fiesta, siendo los comediantes los que mejor saben remedar, lo cual hacen con grande propiedad. Es tanto lo que les dá de comer la tierra de sus semillas aun afuera de la pitahaya, que nadie se cansa en ir á pescar, siendo así que mas que unca está llena la mar de pescado. Tambien en estos tiempos son las juntas para idolatrías, repartimientos de mujeres y ejercicios en mantener los estilos de la nacion. Abrióse este año el tiempo de la pitahaya con un hurto que hicieron algunos ladroncillos de noche en una dispensa, hurtando alguna carne y harina, y queriendo el capitan prender á los ladrones descuidados puso cerco de noche al pueblo de manera que no fuese sentido, pero como en cercanía del gentío oyese los soldados ruido como de gente que se descabulle, juzgando que eran los indios, hicieron ruido los soldados para prenderlos y uno de ellos disparó al aire ó se le disparó el arcabuz, y topáronse que los que se descabullian no eran gentes, sino la manada de puercos que habia ido á dormir cerca de la ranchería.

En el interin con este miedo é intento malogrado toda la gente, inocente y culpada, se retiró á los montes menos dos medio caciques, y á grande pena pudieron prender un mocito ladroncillo á quien pusieron un par de grillos, y por la alegría de mi llegada se libertó, pero los demas malhechores no parecieron. El indio Márcos de la otra banda el que habia hecho la muerte alevosa, como cuidaba del ganado menor con otros indios, ya que habia hecho este grave delito con uno de esta nacion quiso enmendarlo con otro peor delito; y así para congraciarse con estas gentes les fué enseñando el modo de alzarse como lo hacen en la otra banda otros indios comiéndose la caballada del español; y así probaron primero la leccion con matar un caballo, achacando que habian venido indios de tierras distantes; y como les fué bien la leccion de allí á pocos dias mataron otro los de una ranchería cercana al Sur llamada Rhonú. Envió el capitan á Márcos primero con otros indios de la otra banda á averiguar en donde habia sido la muerte de dicho caballo, y volvió fingiendo que habia muchos indios alzados y que al llegar él al puesto del caballo muerto se retiraron á los picachos dando muchos alaridos. A estas novedades juntándose los cabos del presidio y otros oficiales reformados, resolvieron en junta de guerra ir en demanda de los de la ranchería de Rhonú matadores de los caballos; pero porque algunos de los ladrones de la harina eran de la dependencia de Biaundo en la sierra, por peligrar no saltase la chispa de la guerra por dos lados, se procuró sosegar con buen modo el lado de la sierra; y así envió á avisar el padre Francisco María Picolo que se juntase la gente, que subiria á la vista, como subió, acompañado del alférez y de otros soldados y de dos mancebos cristianos naturales de San Jávier Biaundo, y llegando allá no toparon ni una alma. pero toparon en pié la casita é iglesia sin señal de guerra, y solo reconocieron en la huerta algunas zandías hechas pedazos como en señal de rabia. Envió el padre en busca de gente á los dos mancebos y vino e

primero Francisco Jávier el primer bautizado de la sierra, y preguntado del padre la razon de ausentarse la gente, respondió que cómo se habia de juntar, pues habian enviado desde Loreto Concho á avisar á todas las ranherías se retirasen, pues iba el capitan á matarlos. Con esta razon se averiguó la mentira y se descubrieron las traiciones de Márcos, que habiéndolo confesado todo, lo condenó el capitan á ser apelooteado, haciendo papel con los indios californios que lo apelooteaban por la muerte alevosa dada á Hilario. Pero como son los californios tan trascendidos, reconocieron que el verdadero motivo de apelootearle fué el nuevo daño que hacia para nosotros y no el daño antiguo hecho para contra ellos, de lo cual fué perdonado; y así de poco fruto fué para ellos dicha muerte, y echándose toda la culpa al Márcos no hubo ningun castigo de parte de ellos, y quedaron perdonados todos y sosegaron los amagos de guerra por el lado del Sur y de la sierra al Poniente derecho de Loreto Concho y se sembraron en Biaundo por mediados de Agosto como dos almudes de maiz de temporal, y dió como nueve á diez fanegas de maiz con mucho gozo de todos los españoles y naturales, arrepintiéndose los españoles de no haber sembrado mucho por juzgar no se daría. Lo mismo sucedió en San Juan Londo de un poco de maiz que se sembró sin cuidarle y escardarle, y de allí á dos meses volviendo allá lo topamos ya en elote con mucha alegría de todos; llovió tanto por Setiembre, que derribó la mucha agua algunas casas de adobes; y fueron tales las avenidas de las cañadas, que se temió la inundacion en Loreto Concho, pues cuarenta y ocho horas continuas duró con grandes aires suestes una lluvia por San Mateo con grande borrasca en la mar, la mayor que ha habido desde que estamos aquí; y nos hallamos en esta ocasion bien desamparados de embarcaciones, atenedos á solo la lancha San Jávier, desnudos ya y faltos de muchas cosas necesarias, cuando un dia despues de esta grande borrasca y lluvia vimos parecer vela y al otro dia dió fondo en esta bahía la fra-

gata San José que nos traía socorro, confesando todos los marineros que se habian visto perdidos en las cuarenta y ocho horas que duró el temporal, librándolos por fin la gran Señora de los peligros, y así que saltaron en tierra dieron cumplimiento á los votos, llevando á la santa capilla de Loreto á ofrecer la vela del trinquete y otras dádivas. El gozo grande que nos trajo este socorro tan impensado, entibiólo mucho la nueva de la muerte del caballero D. Pedro Gil de la Sierpe, que despues del fundador D. Juan Caballero y Osio ocupaba el segundo lugar entre los insignes bienhechores de esta espiritual conquista, el cual caballero en el espacio de tres años y medio que sobrevivió trabajó incansablemente para la conversion de los californios, llamado de Dios Nuestro Señor con grandes movimientos interiores para socorrer este pobre reino tan desamparado, de suerte que cuando fué la primera vez el padre á verle y darle parte de como tenia licencia de ir á Californias y le mandaba nuestro padre general Tirso Gonzalez solicitar medios para esta entrada, se levantó de su silla arrebatadamente á abrazar al padre, y dejando caer lágrimas de consuelo sobre el cuello del padre que le iba informando de los medios para la buena entrada á las Californias é hizo esta accion el padre que nunca le habia conocido y tratado, y solo habia entrado en esta casa como en cualquier otra á pedir limosna para el efecto; volviése á sentar sin poder pronunciar palabra por buen rato, hasta que sosegado empezó á explicar su ánimo, y como habia ya muchos meses que no tenia otra cosa en su corazon sino el deseo de la conversion de los californios, maquinando trazas como se pudiera efectuar, hallándose affijido por no ofrecérsele medio eficaz para reino tan distante y ultramarino. Comunicóle Dios con estas ansias espíritu profético. Tenia á su cargo una galeota que era del rey, y como se perdía totalmente dentro del puerto de Acapulco, entregósele el Exmo. Sr. virey conde de Galve á D. Pedro, esperando duraria algun año mas. Aplicábase D. Pedro para el aderezo

de dicha galeota, pero subiendo los oficiales de Acapulco y proponiéndole imposibles para el aderezo, y no pudiéndolos convencer remató la plática diciéndoles airadamente estas palabras: *vayan y aderécnla, que ha de entrar en ella la fè en Californias*; como sucedió al año, y tan fuera de la espectacion de todos, que cuando estaba el padre solicitando el avío para Californias se fué á pique la galeota dentro del puerto, pero en los sudores de D. Pedro se levantó, se reformó y carenó, y la mantuvo tres años con grandes gastos, trayendo siempre socorros considerables para este reino en honra de Jesucristo y de la Señora de Loreto, remitiéndola siempre en todo á la disposicion y mando de los padres misioneros, con admiracion de todos en ver que embarcacion tan vieja y maltratada aguantase tantas furias de mar: pero luego que murió D. Pedro, habiéndose negado esta misma embarcacion para el servicio de esta conquista de Nuestra Señora de Loreto, en tiempo en que se hallaba en muy grave necesidad de ella solicitada de otras muchas partes para otros fines: la galeota como quien habia tenido su segundo ser, sacada de lo profundo del mar se volvió á pique desbaratándole la mar todas sus tablas. Dió D. Pedro para estas misiones no solo el uso de la galeota susodicha llamada Santa Elvira, sino es tambien la fragata San Fermin, la lancha grande San Jávier y la primera lancha del Rosario que todavía son el refugio de estas misiones, é hizo plena donacion de estas embarcaciones, que con los otros avíos y socorros se reputan por veinticinco mil pesos y esto todo con tanto afecto, que bastarán unos pocos renglones de una carta suya, su fecha de México en 14 de Octubre de 1698 para ejemplo de todo el mundo del celo de un cristianísimo pecho y dice así:

“No me olvido de que dije á vuestra reverencia que para esta obra pediria limosna cuando le dí el último abrazo, y así nada me queda sino hablar de Californias, su conversion y fomento, y así nada tengo que no sea para ello, y en insinuándo-

lo vuestra reverencia venderé la camisa, y de lo contrario haré escrúpulo. ¡Oh Dios y mi padre! destrúyase el ídolo de esas gentes y viva Jesus y María, y muera yo en la demanda.”

“Hasta aquí el párrafo de la carta, y la obra mostró que no estimaba su vida, pues siendo tesorero y factor de la real caja de Acapulco y esa parte del mar del Sur porque le era contrario el temple, y de bajar peligraba su vida, ya no bajaba á Acapulco enviando tenientes en su lugar, pero desde que se abrió la puerta á la conversion de la California dijo que bajaria todos los años dependiendo la eficacia de los despachos de su presencia, y así como lo dijo lo ejecutó por cuatro años á donde de ordinario quedaba desauciado de los médicos; y finalmente en este cuarto y último año logró morir en esta demanda, que aunque murió en México el mal fué de Acapulco, de donde lo sacaron ya desauciado. Antes de llegar la nueva de su muerte á Californias algo se temia de esta pérdida, y en el caso, que por fines de Enero que seria cuando iba D. Pedro á Acapulco para morir representósele una persona que no pudo asegurar si era sueño hallarse fuera de un hermoso palacio todo muy iluminado y cuadrado, y hallándose esta persona como cerca de la esquina de este palacio que respiraba alegría á los que se le acercaban, vió salir de su puerta como una escuadra de californios pero vestidos con trage de ángeles que daba mucho gozo el verlos é iban á recibir un personaje cuando de repente se apareció D. Pedro en la esquina del palacio como recién venido, que lleno de gozo recibia el encuentro de estos ángeles que le guiaban para la entrada de este gran palacio y con quienes decia: Bien empleados nuestros trabajos para la conversion de estos pobres californios, yénole á dar un abrazo la persona y los parabienes se halló luego despierto con algun pavor como quien buscaba la persona que habia de abrazar; contó la persona el caso á su padre espiritual, y se tuvo como preludio y señal de la mejor entrada á mejor reino de D. Pedro,

recibido de cincuenta ángeles californios, que entonces tantos tenia pasados con la gracia bautismal al palacio del cielo; reconociendo esa dicha, venida en gran parte con los sudores, ansias y fatigas de este caballero, y como por otra parte no se hacia caso de semejante vision por ser espuestos á engaños y errores, la nueva cierta que vino de su muerte nos aseguró la verdad, y se le hicieron aquí grandes exequias con grande sentimiento de los españoles y hasta de los pobres indios, que ya por relacion sabian que tenian en D. Pedro un padre, que esperamos adelantará desde el cielo esta conversion que tanto solicitaba adelantar en esta tierra, y en el caso que ahora pongo bien se verá como vino de la mano del cielo y de los muchos rogadores que allá adelantan el bien de esta conversion.

“Está situado San Juan Londo en la falda de una sierra, que desde la entrada, con inmensos gastos del real tesoro de D. Isidro de Otondo, se llama la Giganta por ser superior á las serranias que en estos contornos coronan á esta parte de la California, pareció en esos tiempos tan inaccesible, que solo amarrado y tirado con sogas pudo subir á un lado de ella el dicho almirante Otondo, no siendo bastantes las barretas y picos que llevaba á vencer los malos pasos de ella. Avisáronme algunos indios como en esos altos habia tierras á propósito para sembrar, y como las escondian los de San Juan Londo, me rogaban no dijese quién lo habia dicho; siempre habian negado poderse subir de otra manera que como subió el almirante; pero ahora mudados de la mano de Dios, nos enseñaron el lugar á donde se pudo subir con mucha facilidad, subiendo los caballos y mulas de carga, y que con poco aderezo podrán subir recuas enteras con el tiempo.

“Se portaron en esta ocasion con mucha fidelidad los caciques de San Juan Londo, que vinieron acompañándonos, y remitieron buenos tlatoles á la gente de la Giganta, muchos de los cuales habian bajado á verme en algunas ocasiones á San Juan Londo, y les envié embajada de que yo tambien los iba á ver. Llegamos

á los altos de la Giganta dia de Todos Santos, y no nos hartábamos de ver tierras tan buenas para sembrar, y tan abundantes de pastos para todo género de ganados con estendidos valles y lagunas, que por no ser lagunas estables reciben en sí el agua de las corrientes de tiempo de aguas de los contornos, que no tienen salida á los mares del Poniente y Levante; y bajando las corrientes de estas aguas, se espera que dejarán muchas tierras de húmedo para tener una gran cosecha antes de las aguas. Nos recibieron con mucho gusto los montañeses así gentiles como catecúmenos, y en prendas de la buena amistad y deseos de bautizarse, entregaron cuarenta y tres párvulos á las aguas del santo bautismo; y porque al esposo de María Santísima le deben mucho los californios, se le dió el nombre á estos altos de San José de la Giganta, distantes como diez leguas de San Juan Londo al Poniente, motivo tambien el ponerles este nombre, el haber remitido en la fragata de D. Juan Caballero el señor fiscal de la real audiencia de Guadalajara, una estatua grande de señor San José, que tiene el niño Jesus de la mano; estatua á quien cobraron tanto amor los marineros, que fué su consuelo y remedio en los peligros de la vida, que pasaron en una grande borrasca, invocándole todos con mucha confianza. Hallándose ya en estos altos, se trató de descubrir los pasos de sierra á sierra para San Jávier Biaundo y anduvieron tan fieles los indios de San José que nos enseñaron el camino, acompañándonos algunos principales.

“Y así descubriéronse doce leguas mas de tierra, y en medio del camino topamos un paraje con buenos manantiales, y todos los montes muy poblados de mescales, y porque se celebró allí misa y fué de las Animas, llamóse la cañada de las Animas. Todos son caminos andables á caballo, y solo una cañada es pesada por mucha piedra, que traginándose se irá mejorando. Llegamos de repente á San Jávier Biaundo, á donde nos recibió con grande alegría el padre Francisco María Picolo, que nos suponía muy distantes, y con caminos imposibles de tragi-

narse, abtenido á las relaciones antiguas é imposibles que ponian: con esto quedó concatenada toda la tierra, y amansada en esta conquista Mariana: de suerte, que se pueden caminar mas de cincuenta leguas de ruedo sin armas, ni recelo de daño; siendo así que antes era tanto el miedo que se tenia á estas tierras que las embarcaciones que llegan á estas playas, no se atrevian á saltar en un solo palmo de tierra, sino era bien acompañados, y contentábanse con hacer la provision de leña para los barcos de los palos que tiraban las corrientes á la mar, y la mar arribaba á la playa descubierta, y todo esto hacían por miedo de ser damnificados.

“En este tiempo con la vuelta de la fragata de San José, que trajo de Hiaqui ganado mayor, limosna de nuestros padres, vinieron cartas de nuestro padre provincial Francisco de Arteaga, que dejando el abrigo de estas nuevas misiones de nuestra Señora de Loreto de Californias, sabiendo que no había en en toda la otra costa de Sinaloa sino esteros peligrosos para las embarcaciones, y que solo en la gentilidad de los pimas y guaymas como catorce leguas al Norte del rio Hiaqui, había un puerto muy cómodo poblado de gentes, dispuso que perteneciese la administracion de dichos gentiles, que piden el santo bautismo á las misiones de Loreto de Californias, ordenándome que pasase primero á registrar personalmente la cercanía de dicho puerto y aguajes para disponer la fundacion de pueblo. Enbarquéme, pues, en la fragata de San José para ejecutar esta órden del padre provincial, como para que se le pusiese nueva quilla á dicho barco en la otra banda por estar muy á peligro sin ella.

“Caminé con viento favorable y estando ya á la vista del puerto entró el Noroeste con fuerza, y porque lo teniamos á sotavento no pudimos entrar, y aunque á tener cables buenos hubiéramos podido con seguridad dar fondo cerca del puerto, habíamos llegado á tal desamparo de pertrechos necesarios, que estando podridos los cables solo podian asegurar escasamente

el barco dentro de esteros ó puertos mansos, y así fué fuerza volver atrás con peligro de irse á fondo el barco por ir forcejeando en dar bordos y dando siempre á la bomba para el desagüe hasta rendirse la gente de mar. Vueltos á Loreto tuvimos dicha de encontrar con la lancha San Jávier que pocas horas antes acababa de dar fondo de vuelta de Ahome, de donde trajo los cables de San Fermin, que servirían para el aderezo de San José, y luego se pudo proveer de ellos la fragata.

“Item; avisó que estaba bien proveida esa playa de todo género de maderas de la fragata desbaratada San Fermin, que serviría para el aderezo de San José; con esta noticia bajé con San José y la lancha á remolque para desde allá subir por tierra las sesenta leguas para Guaymas y su puerto.

“Embarqué conmigo algunos soldados porque ya la pobreza nos iba obligando á reformar plazas é irnos quedando siempre con mayores peligros entre gente tan nueva y lejos de todo socorro. Lle amos felizmente al estero de Ahome y por mediados del mes de Enero fué subiendo por el real de los Frailes á pedir así del gobernador de Sinaloa D. Andrés de Rezabal como de los demas vecinos españoles, socorro de gente amiga en caso de que por quedar ya tan pocos españoles en California y real de Loreto Concho, no ocasionase el desamparo algun alzamiento, y así dicho gobernador como su teniente general D. Pedro de la Carra, bienhechor de esta empresa y todos los demas mineros y mercaderes prometieron su asistencia y muchos sus personas.

“Como la obediencia de la gentilidad del puerto de los Guaymas y su contorno bien dilatado depende de las buenas persuaciones de pueblos cristianos de la nacion pima y seis emparentados en distancia de dos jornadas por varios lados, socorrido del padre visitador Nicolás Grijoni y del padre rector Antonio Menendez, fuí subiendo para tomar por el lado del Norte y misiones de pimas antiguos la entrada á las rancherías emparentadas con los gentiles del Puerto. Pasé con grande peligro